

Vives, José María Jover o C. Seco, que llegaron a escribir tantas áureas páginas en el conocimiento de nuestro pasado.

Carlos Clementson
Universidad de Córdoba

OREJA AGUIRRE, M.: *Memoria y esperanza. Relatos de una vida*. Madrid: Esfera de los Libros, 2011.

Una extensa etapa de la política internacional española del siglo xx estuvo regida por ministros vascos. El último cronológicamente en una lista en conjunto sumamente estimable es el de nascencia madrileña pero linaje euskaldún por los cuatros costados Marcelino Oreja Aguirre, al que le correspondió el alto honor y la no menos difícil tarea de timonear su rumbo en los días inaugurales de la restauración de la democracia. Su gestión en la cumbre del Estado, como la de sus maestros y mentores, los bilbaínos Fernando María Castiella y José María Areilza, se insertó en el ancho surco de servicio a los intereses superiores de la nación en el que se alineó desde el nacimiento de esta una nutrida galería de gobernantes y hombres públicos del País Vasco, tan copiosa como capaz, hasta el extremo de hacer de ella una de las más numerosas y, desde luego, brillantes de las presentadas por la historia de la Administración hispana.

Y, sin embargo, diplomático de tan acendrada estirpe, no se encontró imantado en sus días juveniles por tan noble oficio. Fue el —por entonces...— no menos ilustre de la cátedra universitaria el que, según confesión de parte, le sedujo en su mocedad. Sería el consejo de su madre, tan decisivo en todo instante de su trayectoria, el que le decidiera, en la hora siempre difícil de las grandes opciones, a seguir finalmente la «*Carrière*». Habida cuenta de que las distinciones y los premios adquiridos por el talento y el esfuerzo escoltaron todo su *cursus honorum* burocrático y profesional,

no es nada extraño que su primer y crucial destino fuese el propio Palacio de Santa Cruz y en la misma Secretaría del flamante ministro Castiella, acenepista y antiguo amigo de su padre hasta su brutal asesinato en las secuelas de Revolución de Octubre de 1934, meses antes de venir al mundo el autor de las memorias apresuradamente aquí glosadas.

Su inmersión, pues, en el escenario por aquellas fechas principal de una política dictatorial, afanosa por lograr a toda costa su legitimidad ante los ojos de las democracias occidentales y, primordialmente, de la norteamericana, no pudo ser más oportuna y excitante. Como tantas otras veces ocurriera en la biografía pública del actual marqués de Oreja, tan preciado *kairós* se aprovechó hasta el límite de sus virtualidades, que fueron muchas... Su receta invariable en estos trances —trabajo ahincado, lealtad a personas y objetivos, visión de anteojos más que de lupa— se estrenaría en la empresa casi hercúlea acometida por su jefe y guía Castiella de reinstalar en el mundo de las libertades a un país cuyo pasado se identificaba en ancha medida con su patrocinio y salvaguarda. Esta gran aventura, en la que, virgilianamente, el joven diplomático, «*magna pars fuit*», se describe, con modestia y buen pulso narrativo, en un libro muy recatado en cuanto a las facetas íntimas y particulares de su redactor, con un hermetismo respecto a datos personales que bien pudiera decirse que nos hallamos ante unos recuerdos o una autobiografía fundamentalmente política; a la manera de un género muy cultivado, según es bien sabido, en la literatura británica, tan del gusto y apreciada por el autor, vasco al fin y al cabo y, por ende, encandilado por los ambientes ingleses.

Acabada su experiencia en el *sanc-ta sanctorum* de la diplomacia española con la salida de Castiella de él, la etapa postrera del tardo-franquismo asistió, al igual que en muchas otras vidas españolas predestinadas a ocupar puestos de relieve en la aurora democrática, a la entrega

absorbente y frenética del lado del protagonista de las memorias ahora comentadas a la labor de arquitebar el tránsito inminente dentro de una arquitectura que facilitase y diese ancho vado al *per se* arduo paso de un régimen autoritario al de un Estado de Derecho, encarnado en una monarquía constitucional. Pocos capítulos, sin duda, de la Transición acaparan a la fecha tan amplia bibliografía sobre la contemporaneidad española más reciente que el escrito por la actividad o actividades del llamado grupo «Tácito». Pese la minuciosa reconstrucción que se ha hecho por plumas acribiosas —a la cabeza, quizá, la de Charles Powell— de los principales tramos de su trepidante andadura de los trabajos y los días de los integrantes del grupo demócrata-cristiano de los «Tácitos», la llevada a cabo por M. Oreja —(que, *à rebours* de la realidad, reviste un perfil bajo en cuanto a su concreta tarea)— si no abundante, sí es interesante y significativa cara a ciertas vertientes de un afán hoy con alguna frecuencia mitologizado, pero aún así de indudable relevancia en el último, por el momento, de los grandes relatos del pueblo español —periferia y centro, izquierda y derecha, católicos y agnósticos, utopistas y nostálgicos, pacifistas y belicosos—... Anécdota y categoría podrán espigarse, con medida escorada hacia esta, en la pintura realizada por el autor de *Memoria y esperanza* de los hombres (—sintomática y expresivamente: ninguna mujer—) y las iniciativas del famoso colectivo, aunque siempre, siempre sin detalles propios más allá de los estrictamente imprescindibles. Es así, v. gr., incuestionable que en tal punto de la biografía M. Oreja hubiese sido natural que este satisficiera la curiosidad de sus muchos lectores con datos y noticias acerca de sus relaciones con la Asociación Nacional de Propagandistas, en la que, en pos de su progenitor, tan destacada presencia ocupó y ocupa hodierno. Frente a la obscenidad y mal gusto de tantas exhibiciones de pedigrí político y social que inundan hoy los medios de

comunicación y el catálogo de editoriales de masiva audiencia, todo decoro resulta, por supuesto, poco y recibirá toda suerte de plácemes. Pero tal vez no obstante la sencillez del autor y su indeficiente deseo de marginamiento de candeliejas y focos, su actitud propicia, a las veces, el desencanto del lector acezante a la husma de confidencias y revelaciones de un personaje de singular currículum en todos los caminos de la «gran historia» de la España de la segunda mitad de la centuria pasada.

Caminos que desembocaron, en un segmento de su biografía individual, en la cita histórica del país con uno de los mayores y más descollantes episodios de su peripecia última. Si afirmar que toda la existencia anterior del primer ministro de Exteriores de la democracia estuvo reglada para asumir tamaña responsabilidad, equivaldría, cuando menos, a una desmesura; sostener que esta entrañó su más grave reto y también quizá su hora más plenificante, no sería un despropósito ni comportaría ninguna inexactitud. Páginas las consagradas a reprimonar intenciones, avatares y balances de una gestión empedrada de acontecimientos salientes y figuras de proa de todo el planeta, repletas de jugosidad y atractivo para anchos estratos del público culto, sin exceptuar ni mucho menos a los propios especialistas en relaciones internacionales, por fortuna, numerosos y cualificados en la historiografía contemporaneísta nacional. Para mayor suerte de esta, el buido análisis del político guipuzcoano se encorseta, en términos temporales, entre el acometido, con inclinación feliz por los detalles y la buena escritura, por su antecesor en la alta función José María de Areilza, conde Motrico, y su sucesor en el primer gabinete de Felipe González —diciembre de 1982-julio de 1985— Fernando Morán, con pluma más atraída por los planteamientos globales y los excursos históricos, como, conforme a un espacio aquí no permitido, referíamos con latitud en otro lugar (*Intelectuales y políticos contemporáneos*. Sevilla: Servicio

de Publicaciones de la Universidad, 4ª ed., 2010). En la gran escena del mundo, personajes como Pablo VI —perfecta y libre etopeya—, el malogrado Juan Pablo I —elegía terebrante—, el «realizado» Juan Pablo II, Valery Giscard d'Estaing, F. Mitterrand, Gromico —bella semblanza— y *tutti quanti* de los príncipes y poderosos del momento se perfilan por su interlocutor con trazo acucioso y firme, como también, aunque, de ordinario, más al desgaire, se recortan en este paisaje del libro los rasgos del rey D. Juan Carlos y buena porción de la fauna política y parlamentaria de la coyuntura inicial de la Transición.

Hubo vida, por descontado, después de su periodo forjador, así en el desarrollo de la sociedad española como en la existencia del autor. Sin solución de continuidad después de su marcha del Palacio de Santa Cruz —9-IX-1980— tras un cuatrienio casi exacto de rectorarlo debido a una de las incesantes crisis que abocaron a la benemérita U. C. D. a su despeñadero, este le sobrevino cuando Oreja habitaba el Palacio vitoriano de Ajuriaenea como Delegado del Gobierno en Euskadi. Retorno al país de sus antepasados, mas en circunstancias muy distintas al de los tiempos estudiantiles y a aun los de la época de Castiella convertido en ministro de jornada en el Donosti estival y propenso más que nunca a la evocación del *vieux beau temps* y la confianza amical. La conmemoración del 23-F en Vitoria constituye un testimonio de subido valor para el estudio de un episodio todavía no adentrado en parcelas sustanciales en la jurisdicción de Clío. Si el fiel de la balanza en la geografía políticamente más sensible de la nación se hubiese deslizado a favor del golpismo, acaso la historia ulterior se escribiría con otros caracteres. Venturosamente no fue así, en parte tal vez por una actuación personal sobre la que M. Oreja, llevado seguramente de su modestia, no arroja luz alguna.

No todo, bien se entiende, trascurrió en su biografía de acuerdo a un itinerario

envidiable por el común de los mortales. Junto al drama ya apuntado de su orfandad paternal desde la cuna, las envidias y *vendettas* de climas tan cerrados como los de las elites de la alta administración estatal le acarrearón hondos sinsabores una vez llegado el PSOE al poder en el otoño de 1982. Pese a su nombradía y a la extensión de su hoja de servicios, se vio injustamente relegado en sus aspiraciones profesionales, debiendo contentarse finalmente con una misión menor en la embajada de España en Lisboa. Tiempo de recapitulación, serenidad y madurez en un espacio urbano de fascinante belleza en el que poco antes su admirado Ortega y Gasset habíase entregado a una labor semejante, como también lo hiciese, a su manera, su no menos idolatrado D. Juan de Borbón, acompañado del sabio y enredador D. Pedro Saíñz Rodríguez, con fruto, sí, muy sabroso para nuestro memorialista.

Pues, en efecto, la monarquía post-alfonsina es objeto en su libro de incesantes reflexiones y juicios en punto a los incontables servicios que en su restauración se han traducido en beneficio de la colectividad española en una tesitura especialmente delicada. D. Juan Carlos y D.^a Sofía son mencionados con reiteración y permanente afecto y aplauso por alguien que, sin ser cortesano, se ha convertido, en verdad, en un rendido e incondicional instrumento de la Corona en terrenos como los académicos y empresariales de orientación asistencial y benéfica. Aunque en la obra escoliada no faltan los recuerdos del autor respecto a muchos planos e instantes de la biografía del matrimonio real en los campos más diversos, no es descartable que en fecha no lejana quizá se decida a darnos un relato más circunstanciado e, incluso, un cuadro o esbozo de su reinado. A buen seguro, materiales no habrán de faltarle...

Europa fue siempre la estrella polar, el norte magnético de la aventura política y personal del madrileño-vasco Marcelino Oreja. Andanzas y viajes por el ancho mundo y la «espaciosa España» acabaron

siempre en su particular hoja de ruta en la meditación sobre el presente y el futuro del Viejo Continente y, en él, la suerte de su patria. Conseguido el sueño de su reincorporación —(en cuya materialización una huella siquiera mínima de su quehacer ilusionado durante décadas quedó grabada)—, el antiguo ministro de Adolfo Suárez —retratado por él con singular simpatía— se encargó en el sanedrín bruselense de cometidos relevantes. En su asunción y desempeño su fama y autoridad intelectual y política no sufrieron merma alguna, en un teatro harto complicado, por el que anduvo con desembarazo y eficacia. En su reconstrucción, la narración de nuestro autor vuelve a erigirse en fuente no pocas veces primaria y en todo momento importante para la interpretación y análisis de la política comunitaria en una fase que coincidió con el fastigio de la Unión Europea, cuando menos contemplada desde la perspectiva de los inicios de 2012... Por sobradas razones y títulos, el que fuese su Comisario de Transporte y Energía podría hacer suyo el lema de los héroes de Azincourt: «Yo estuve allí...». Batallas sin fin y combates sin cuartel a menudo entre las bambalinas rebosaron en su calendario para hacer «más Europa», que equivalía y equivale a construir una España más pujante y habitable.

Terminada con el fin de la «centuria de hierro» el de su ancho periplo como parlamentario y dirigente europeo, el curso existencial de M. Oreja se encauzó por otras roderas. Conocimientos, experiencias y relaciones —algunas de *longue date* con los círculos financieros— le capacitaban en elevado grado para pilotear navíos de alto bordo por las aguas de las grandes empresas del país. Agradecido siempre —el autor de *Memoria y esperanza* es creyente de hondo aliento, según repetida declaración—, entona en este apartado de su andadura un encendido canto de gratitud y loanza a Esther Koplowitz, quien depositara en él una ilimitada confianza al

encomendarle el rumbo de la joya de la corona de su vasto entramado empresarial. Negocios y cultura, consejos de administración y sesiones académicas se codearán un tiempo en la abultada pero bien ordenada agenda del autor, hasta que al filo de los años diez su decisión se hará definitiva al plantar con armas y bagajes la tienda de sus proyectos y afanes en el territorio de los saberes morales y políticos, cultivados a lo largo de una existencia que afrontará, como de sólito, los nuevos desafíos con su peculiar talante de optimismo esperanzado, a fuer, justamente, de conocer bien la condición humana, por cuya perfección y dignidad apuesta resueltamente... Como viático para la travesía su reciente designación como Marqués de Oreja —abril, 2011— le prestará valiosos servicios si alguna vez llegara la tentación del desaliento.

Hombre de acción quizá más que de pensamiento, temperamento de un asombroso dinamismo, la senectud le ha encontrado en la coyuntura más favorable para el intenso cultivo de las letras. Con un bagaje incomparable de vivencias y una trayectoria de servicios al Estado igualmente excepcional como lo es su tesoro de encuentros y contactos con las gentes más contrastadas, su posición es, ciertamente, única para engolfarse, en la serena luz de la atardecida, en una obra de reflexión doctrinal sobre la evolución político y social de los años en que fue acompañante asiduo y discreto de la gran Historia en su país y en el extranjero; sin excluir por ello otras incursiones por las tierras y hombres del solar ibérico, de los que conoce de primera mano múltiples secretos de su idiosincrasia y talante. El optimismo que exultan las páginas finales de *Memoria y esperanza* hace creer que su autor no faltará a esta nueva cita.

José Manuel Cuenca Toribio
Universidad de Córdoba